

El conde Hippolyt había regresado de un viaje muy largo, para hacerse cargo de la rica herencia de su padre, muerto hacía poco. El palacio de la familia estaba situado en una de las regiones más hermosas y agradables del país, y las rentas que le proporcionaban sus tierras podían costear cualquier trabajo de restauración y embellecimiento.

Todo cuanto el conde había visto en sus viajes, sobre todo en Inglaterra, y que había considerado atractivo, de buen gusto o suntuoso, quiso reproducirlo en aquel lugar. Artesanos y artistas acudieron a su llamada, para realizar sus proyectos. Pronto empezó a construirse en torno al palacio un parque señorial, de grandes dimensiones, que también debía albergar en su interior la iglesia, la casa parroquial y el cementerio.

El conde dirigía los trabajos, pues tenía conocimientos suficientes para ello. Tanto empeño puso en aquella tarea que ya había transcurrido más de un año sin que tuviera ocasión de seguir el consejo de un anciano tío suyo, que insistía en que visitara la capital y conociese a las jóvenes de alta alcurnia, para escoger como esposa a la más noble, bella y bondadosa de todas.

Una mañana, en la que se encontraba sentado ante la mesa de dibujo, trazando el plano de un nuevo edificio, le anunciaron la llegada de una vieja baronesa, lejana pariente de su padre. Al oír el nombre de la baronesa, el conde Hippolyt recordó que su padre sentía una profunda desconfianza hacia ella, e incluso la mencionaba con horror. A cuantos se acercaban a la baronesa les aconsejaba que se mantuviesen alejados, aunque nunca explicaba por qué. Cuando se le preguntaba, el viejo conde solía contestar que había cosas sobre las que más valía guardar silencio.

Pero se sabía que en la capital corrían rumores acerca de un extraño proceso criminal, en el que ella estaba implicada, y que la había llevado a sepa-

rarse del marido y a tener que abandonar el lugar donde residía. Solo la protección del príncipe le había permitido evitar la prisión.

Hippolyt se sintió muy incómodo por la presencia en su palacio de una persona a la que su padre aborrecía, aunque fuese por motivos desconocidos. Pero la ley de la hospitalidad lo obligaba a recibir a una visita tan desagradable.

Nadie, solo con su apariencia, le había causado nunca una impresión tan negativa. Al entrar, la baronesa lo traspasó con una mirada incendiaria. Luego entornó los párpados y se disculpó por la visita, con una expresión de falsa humildad. Se quejó de que el padre del conde, imbuido de extraños prejuicios, inculcados por sus enemigos, la había odiado hasta la muerte y nunca le había concedido ayuda alguna. Por eso se encontraba sumida en la mayor pobreza.

Siguió contándole que inesperadamente había recibido cierta cantidad de dinero, lo que le había permitido instalar su residencia en una pequeña ciudad provinciana, a la que entonces se dirigía. Por el camino no había podido resistir el impulso

de conocer al hijo del hombre que le había profesado un odio tan injusto e irreconciliable, y al que sin embargo no había dejado de respetar.

El tono de sinceridad empleado por la baronesa conmovió al conde, sobre todo porque, lejos de contemplar el desagradable semblante de la vieja, su mirada se había posado en la maravillosa criatura que la acompañaba.

Calló la baronesa, pero el conde pareció no advertirlo, y también permaneció en silencio. Entonces la vieja se disculpó. Al entrar en aquel lugar se había sentido impresionada, por lo mucho que representaba para ella, y había olvidado presentarle a su hija Aurelie. Al oír esto, el conde se ruborizó y recuperó la palabra. La joven enrojeció también. Pidió él que le dejasen reparar el error que su padre había cometido, sin duda a causa de un malentendido, y las invitó a hospedarse en el palacio.

Tomó la mano de la baronesa, como para confirmar la invitación, y de inmediato se sobresaltó. Unos dedos rígidos, fríos como la muerte, apresaron los suyos, y ella pareció entrar en trance. Por un momento, el conde tuvo la impresión de que la



alta y huesuda figura de la baronesa, que lo contemplaba con los ojos en blanco, era un cadáver repugnante, acicalado y vestido con ropas fastuosas.

—¡Oh, Dios mío, vaya desgracia! —exclamó Aurelie—. ¡Precisamente ahora!

Y se lamentó, con voz tierna y conmovedora, de que su madre fuese víctima a menudo de ataques así, de los que solía curarse en muy poco tiempo, sin necesidad de remedio alguno.

Con gran esfuerzo se desprendió el conde de los dedos helados de la baronesa. Tomó la mano de Aurelie y depositó en ella un ardiente beso, mientras sentía que el fuego de la vida y el placer del amor recorrían sus venas.

Recién llegado a la madurez, Hyppolyt experimentaba por primera vez el tremendo poder de la pasión. Incapaz de ocultar sus sentimientos, advirtió que Aurelie lo miraba con toda la gracia de su encantadora inocencia, y concibió la esperanza de conquistarla.

Apenas habían transcurrido unos minutos cuando la baronesa volvió en sí. Como si nada le hubiese sucedido, agradeció la invitación del

conde y le aseguró que olvidaba para siempre todo el mal que su padre le había causado.

Así, en un instante, la vida cambió en el hogar del conde. Era como si el destino, por un favor especial, le hubiese entregado a la persona que, de todo el mundo, podía haber deseado más ardientemente como esposa, la que le concedería la felicidad más intensa.

Sin embargo, la conducta de la baronesa apenas cambió. Tendía a permanecer callada, seria, ensimismada, y muy rara vez mostraba un comportamiento relajado.

El conde, que ya se había acostumbrado a su extraño rostro cadavérico y a su figura fantasmal, atribuía aquellos rasgos a su rara enfermedad, a la que también achacaba el desvarío que la llevaba, según le habían contado sus servidores, a dar paseos nocturnos por el parque, en dirección al cementerio.

Hyppolit se avergonzaba de haber compartido los prejuicios de su padre. Y desoía las insistentes advertencias de su buen tío, que le aconsejaba rebelarse contra el sentimiento amoroso que le embargaba y librarse de una relación que, tarde o

temprano, sería la causa de su desgracia. Convencido del intenso amor de Aurelie, pidió su mano. Imaginad con qué alegría la baronesa aceptó, y se vio transportada de la mayor pobreza a los brazos de la fortuna.

Tanto la palidez como ese aspecto característico que denota una inquebrantable tristeza desaparecieron del semblante de Aurelie. En su mirada resplandecía la felicidad del amor, y un tono rosado lucía en sus mejillas.

Pero la mañana del día en que iba a celebrarse la boda, un acontecimiento sobrecogedor contrarió los deseos del conde. Encontraron a la baronesa inerte y boca abajo en el suelo del parque, no lejos del cementerio, y la transportaron al palacio, precisamente cuando el conde acababa de despertar y se sentía embriagado por la felicidad inminente.

Al principio pensó que la baronesa había sido víctima de otro de sus ataques repentinos. Pero todos los remedios utilizados para reanimarla fracasaron. Estaba muerta.

Aurelie no expresó su dolor de forma violenta. Se quedó muda y no derramó una sola lágrima. Era



como si después del golpe recibido se hubiera quedado paralizada. Con delicadeza, el conde, que temía por su amada, se atrevió a recordarle su situación de criatura sola y desamparada, y la conveniencia de aceptar el destino cuanto antes y disponer de nuevo la ceremonia de la boda, que se había retrasado a causa del fallecimiento de la madre.

De pronto, Aurelie se echó en los brazos del conde. Mientras derramaba un torrente de lágrimas, gritó, con una voz que desgarraba el corazón:

—¡Sí, sí! ¡Por todos los santos! ¡Por la paz de mi alma! ¡Sí!

El conde pensó que aquel repentino desahogo se debía a la consideración más bien amarga de que se encontraba sola y sin patria, y no sabía dónde ir, y también a las convenciones sociales que, en aquellas circunstancias, le impedían permanecer en el palacio, bajo su techo.

Se ocupó, pues, de que una dama anciana y venerable la acompañase mientras se acercaba la nueva fecha de la boda, que para ellos debía ser la cumbre de la felicidad.

Mientras, Aurelie se encontraba en un estado permanente de gran excitación. La causa no era el dolor por la pérdida de su madre, sino una angustia mortal, de origen desconocido. En medio de los más dulces transportes amorosos, se sentía sobrecogida de terror. Palidecía como una muerta, abrazaba al conde y lloraba, como si temiera que un poder invisible se la llevase. Entonces gritaba:

—¡No! ¡Nunca, nunca!

Por fin se casaron, y ningún suceso funesto interrumpió la ceremonia. Aquel estado de excitación y aquellos temores parecieron remitir, pero no desaparecieron del todo. El conde presentía que Aurelie le ocultaba un secreto fatídico, pero creyó inoportuno preguntarle, mientras el nerviosismo subsistiese y ella misma permaneciese callada.

Un día, sin embargo, se atrevió a pedirle que confiase en él y le revelase la causa de su inquietud.

Mucho se sorprendió el conde al enterarse de que la única causa del malestar de Aurelie era la infame conducta de su madre.

—¿Es que hay algo más espantoso que odiar y aborrecer a la propia madre? —le preguntó ella.

Así pues, ni el padre ni el tío de Hippolyt se habían equivocado al desconfiar de la baronesa, y ella había sabido engañar al conde con una hipocresía premeditada.

Comentó el conde que, a la vista de la situación, le consolaba la idea de que la malvada madre hubiera muerto el mismo día en que iba a celebrarse su boda.

Pero Aurelie lo informó de que precisamente desde aquel día se sentía dominada por los más lúgubres y sombríos presentimientos, entre los que predominaba el temor de que los muertos abandonasen sus tumbas y la arrancasen de los brazos de su amado, para conducirla al abismo.

Le contó que cierta mañana de su niñez, cuando acababa de despertarse, oyó un tumulto espantoso en la casa. Las puertas se abrían y cerraban, y se oían voces extrañas. Cuando por fin se hizo la calma, la doncella tomó a Aurelie de la mano y la llevó a una gran estancia repleta de gente. En el centro de la habitación, sobre una larga mesa, yacía un hombre con el que había jugado a menudo, que la obsequiaba con golosinas y al que ella solía

llamar papá. Extendió los brazos hacia él y quiso besarlo. Aquellos labios, siempre cálidos, estaban helados. Sin saber por qué, Aurelie prorrumpió en sollozos.

La doncella la condujo a otra casa, donde permaneció mucho tiempo, hasta que una señora se presentó y se la llevó en un coche. Era su madre, que la trasladó a la capital.

Aurelie debía de tener ya unos dieciséis años cuando un desconocido apareció en casa de la baronesa. Esta lo recibió con alegría y le manifestó la confianza y la intimidad que se reservan a un antiguo amigo.

El desconocido empezó a visitarlas cada vez más a menudo, y pronto fue evidente que la situación económica de la baronesa había mejorado. En lugar de habitar en una casa miserable, de vestirse con ropas humildes y de pasar estrecheces para comer, se trasladaron a la parte más bella de la ciudad. Allí, la baronesa lucía lujosos vestidos, comía y bebía en compañía del desconocido, que era su invitado permanente, y juntos asistían a todas las diversiones y espectáculos que se ofrecían en la capital.

Solo Aurelie permaneció al margen de esas mejoras en la situación de su madre, que sin duda se debían al desconocido. Cuando la baronesa salía con él en busca de diversiones, se sentía sola y sin protección, y se recluía en su cuarto.

Aunque aparentaba unos cuarenta años, el desconocido conservaba un aspecto fresco y juvenil, y era alto, esbelto y de semblante atractivo. No obstante, a Aurelie le resultaba desagradable porque, aunque él se esforzaba en comportarse con corrección, sus modales eran torpes y vulgares. Las miradas que pronto empezó a dirigirle a Aurelie le causaron a esta inquietud y espanto, e incluso una repugnancia que ella misma no sabía explicar.

Hasta entonces, la baronesa no se había molestado en darle ninguna explicación sobre el desconocido. Pero un día mencionó su nombre a Aurelie, y le explicó que era un pariente lejano, muy rico. Alabó su figura, sus rasgos, y terminó preguntándole a su hija si le gustaba.

Aurelie no ocultó el aborrecimiento que sentía por el desconocido. La baronesa le lanzó una mirada terrorífica y le dijo que solo era una pobre estúpida.

Sin embargo, poco después empezó a comportarse con su hija con una amabilidad interesada. Le regaló hermosos vestidos y toda clase de adornos que estaban de moda, y le permitió asistir a los bailes y otras diversiones.

El desconocido trataba de ganarse el favor de Aurelie, pero de un modo que, a los ojos de la muchacha, le hacía aún más odioso.

Fue fatal para su tierno espíritu que la casualidad le permitiera ser testigo de una escena indignante y aborrecible, entre el desconocido y la depravada condesa.

Cuando, finalmente, pocos días después, aquel hombre, llevado de su ebriedad, la estrechó en sus brazos de un modo que no dejaba lugar a dudas sobre el carácter de sus intenciones, la desesperación le dio fuerzas y lo empujó con tal ímpetu que le hizo caer al suelo. A continuación, Aurelie huyó y se encerró en su cuarto.

Entonces la baronesa le explicó, con toda crudeza y severidad, que el desconocido mantenía la casa y que ella no tenía intención alguna de volver a la antigua pobreza. Por consiguiente, aquellos

melindres eran vanos e inútiles. Aurelie debía ceder a los deseos del desconocido, que amenazaba con abandonarlas a su suerte. En vez de compadecerse de las súplicas desgarradoras de la joven y de sus lágrimas, la vieja empezó a proferir amenazas y a reírse de su hija, al tiempo que le aseguraba que aquellas relaciones le proporcionarían el mayor placer de su vida y toda suerte de comodidades. Hablaba con tal desparpajo, mostrando su desprecio por todos los sentimientos de decencia y piedad, y burlándose de cuanto podía considerarse noble y virtuoso, que Aurelie quedó escandalizada.

Tan perdida se vio que una pronta huida le pareció la única salvación posible.

Aurelie se había hecho con la llave de la puerta principal de la casa. A medianoche, tras envolver algunas cosas indispensables para su fuga y pensando que su madre estaría dormida, se deslizó hasta el vestíbulo poco iluminado. Se disponía a traspasarlo, con sumo cuidado, cuando, de pronto, la puerta de la casa se abrió con violencia, y unos pasos pesados subieron la escalera. Vestida con



una bata vieja y sucia, la baronesa apareció en el vestíbulo y se precipitó al suelo, a los pies de Aurelie.

Tenía el rostro desencajado, el cabello gris despeinado y revuelto y el pecho y los brazos desnudos. La perseguía el desconocido, que hablaba a gritos:

—¡Espera, espera, bruja del infierno, monstruo maldito! ¡Vas a pagármelas todas juntas!

La agarró del cabello y la arrastró hasta el centro de la estancia, donde empezó a darle azotes con una gruesa fusta.

La baronesa chillaba y vociferaba de forma espantosa. Enloquecida, Aurelie corrió a la ventana y pidió auxilio. Dio la casualidad de que precisamente pasaba por allí una patrulla de policía, que al instante entró en la casa:

—¡Cogedlo! —gritó la baronesa, retorciéndose de rabia y de dolor—. ¡Cogedlo! ¡Sujetadlo bien! ¡Miradle la espalda! Él es...

En cuanto la baronesa pronunció su nombre, el jefe de la patrulla exclamó con júbilo:

—¡Ajá! ¡Urian, por fin te tenemos!



Lo sujetaron entre todos y, pese a los esfuerzos que el desconocido hacía por soltarse, se lo llevaron.

Las intenciones de fuga de Aurelie, sin embargo, no habían pasado desapercibidas para su madre. De momento se conformó con agarrarla violentamente del brazo, arrojarla al interior de su habitación y cerrar la puerta con llave, sin dirigirle una sola palabra.

A la mañana siguiente, la baronesa salió y volvió muy tarde por la noche, mientras Aurelie permanecía en su cuarto como en una prisión, sin ver ni oír a nadie, ni tomar comida ni bebida.

Así transcurrieron varios días. De vez en cuando, la baronesa le dirigía una mirada enfurecida. Parecía como si intentara tomar una decisión, hasta que una tarde recibió unas cartas, cuyo contenido pareció llenarla de alegría:

—Estúpida criatura —le dijo la baronesa a Aurelie—, eres la culpable de todo, pero te perdono. Solo deseo que no caiga el peso de la temible maldición que ese malvado espíritu ha descargado sobre ti.

Tras decir esto se mostró muy amable. Como aquel hombre ya no se encontraba con ellas,

Aurelie dejó de pensar en la huida y fue recompensada con una mayor libertad.

Había transcurrido algún tiempo cuando, una tarde en la que Aurelie estaba sentada sola en su cuarto, oyó un gran tumulto procedente de la calle. La doncella salió y volvió diciendo que era el hijo del verdugo, que ya una vez, camino de la cárcel, había escapado de sus guardianes, tras haber sido marcado al fuego por robo y por asesinato.

Tras alguna vacilación, y dominada por negros presentimientos, Aurelie acabó asomándose a la ventana.

No se había engañado. Era el desconocido que, rodeado de numerosos guardianes, pasaba por allí en aquellos instantes, sobre una carreta. Se dirigía al cadalso, donde debía cumplirse su sentencia.

Aurelie casi estuvo a punto de desmayarse en su butaca cuando la terrible mirada del hombre se cruzó con la suya, y le vio levantar el puño hacia su ventana, con gestos de amenaza.

La baronesa pasaba mucho tiempo fuera de casa, pero nunca salía en compañía de Aurelie. Por eso, la vida de la muchacha, que pasaba mucho

tiempo pensando en el destino que la aguardaba y en las amenazas que se cernían sobre ella, era cada vez más aburrida y triste.

Por medio de la doncella, que había entrado a su servicio poco después de aquella noche terrible, Aurelie supo que la gente comentaba que la baronesa había sido amante de aquel villano, pero la compadecían por haber sido tan ingenua como para dejarse engañar por un delincuente tan despreciable.

Bien sabía Aurelie cómo habían sido en realidad las cosas, y le parecía imposible que los guardias que habían detenido a aquel hombre en casa de la baronesa no hubieran advertido la buena amistad existente entre su madre y el hijo del verdugo, ya que, al detenerlo, ella había proferido su nombre y aludido a la marca de su espalda, que era la señal de su crimen.

La doncella contaba también otros rumores, según los cuales los jueces estaban haciendo averiguaciones, y hasta la honorable baronesa estaba a punto de ser arrestada, a causa de las extrañas declaraciones que el hijo del verdugo había hecho respecto a ella.

Pronto comprendió Aurelie que, después de aquel horroroso acontecimiento, no podían permanecer un instante más en la capital.

Finalmente se vieron obligadas a abandonar el lugar, donde eran objeto de un continuo desprecio, y a dirigirse a una comarca remota. De camino se detuvieron en el palacio del conde, donde sucedió cuanto hemos relatado.

Allí, Aurelie se había sentido extremadamente feliz por algún tiempo, libre de todas las preocupaciones. Pero se había quedado aterrada cuando, al comunicarle a su madre sus esperanzas, esta, echando llamas por los ojos, le había gritado con voz destemplada:

—¡Tú eres la causa de mi desgracia, maldito engendro del infierno, pero ya recibirás tu castigo! ¡Cuando la muerte me alcance, el espíritu vengador destruirá esa felicidad con la que sueñas! En medio de las convulsiones que me costó tu nacimiento, la astucia de Satanás...

Aurelie, que estaba contándole la historia a su marido, se detuvo en este punto, se reclinó contra el pecho del conde y le suplicó que le permitiese

silenciar lo que la baronesa, en su furor demencial, le había dicho. Estaba destrozada, y temía que las amenazas de los malos espíritus que poseían a su madre acabaran cumpliéndose.

El conde consoló a su esposa lo mejor que pudo. Pero, cuando se quedó a solas, tuvo que admitir que el profundo aborrecimiento que la baronesa le inspiraba, incluso después de muerta, arrojaba una negra sombra sobre su vida, que antes le había parecido tan clara y diáfana.

Poco después, en Aurelie se produjo un marcado cambio. La palidez mortal de su semblante y la mirada perdida y lánguida parecían los indicios de una enfermedad grave. Era como si Aurelie ocultase un nuevo secreto en el interior de su ser, que se mostraba inquieto y temeroso.

Llegaba a evitar hasta a su marido. Se encerraba en su cuarto, buscaba los lugares más apartados del parque y, cuando se la veía, sus ojos llorosos y los rasgos demacrados de su semblante reflejaban una pena profunda.

En vano el conde intentaba descubrir las razones de ese malestar. Un famoso médico distrajo a

Aurelie de aquel desconsuelo, al insinuar que, a juzgar por los síntomas, la irritabilidad de la condesa y sus cambios de humor podían obedecer a un estado de buena esperanza, que llenaría de dicha al matrimonio. Ese mismo médico, mientras comía con el conde y la condesa, se permitió toda clase de bromas sobre el supuesto cambio de estado.

La condesa parecía indiferente a cuanto escuchaba, pero empezó a prestar gran atención cuando el médico empezó a hablar sobre aquellos raros caprichos que a veces sentían las mujeres embarazadas, y a los que se entregaban sin tener en consideración la salud y la conveniencia del niño.

La condesa abrumó al médico con preguntas, y este respondió a todas ellas, refiriendo casos curiosos, e incluso divertidos, que había encontrado a lo largo de su carrera:

—También —añadió— hay ejemplos de caprichos anormales, que llevan a las futuras madres a realizar actos espantosos. Así, la mujer de un herrero sentía un deseo intenso de la carne de su marido. Un día, en el que este había bebido más de

la cuenta, le atacó con un gran cuchillo y se lo hundió con tal vehemencia que falleció a las pocas horas.

Apenas hubo pronunciado el médico estas palabras, la condesa se desmayó en la silla donde estaba sentada, y cuando recobró el conocimiento sufrió unos ataques de nervios de los que le costó mucho sobreponerse. El propio médico tuvo que admitir que había sido muy imprudente al mencionar un suceso tan terrible en presencia de una mujer tan delicada e impresionable.

Aquella crisis pareció ejercer una influencia benéfica en el ánimo de la condesa, que acabó tranquilizándose. Pero, como volviese a enmudecer y a convertirse en una extraña criatura solitaria, pálida, demacrada y con los ojos encendidos, como bolas de fuego, el conde volvió a sentir de nuevo pena e inquietud por el estado de su esposa.

Lo más difícil de entender era que la condesa no tomaba ningún alimento, y mostraba tal asco por la comida, en particular por la carne, que a veces abandonaba la mesa dando muestras de aborrecimiento.

Toda la sabiduría del médico resultó inútil, y ni los lamentos ni las vehementes súplicas del conde ni nada en el mundo pudieron conseguir que la condesa tomase una sola gota de medicina.

Como transcurriesen semanas y hasta meses sin que la condesa probase bocado, y un insondable secreto parecía consumir su vida, el médico llegó a la conclusión de que en aquel caso había algo raro, que escapaba a los límites de la ciencia humana, y abandonó el palacio con un pretexto cualquiera. El conde se sintió desolado, y acabó por suponer que la enfermedad de la condesa le había parecido al médico demasiado misteriosa, y que se hallaba muy arraigada. Pueden imaginar en qué estado de ánimo quedó. Pero aún le aguardaba algo más.

Justamente por entonces, un viejo y fiel servidor informó al conde de que cada noche la condesa abandonaba el palacio y regresaba al alba. Hyppolit se sintió perplejo. Recordó que, desde hacía bastante tiempo, a eso de la medianoche, se cernía sobre él un sueño muy pesado, y lo atribuyó a algún narcótico que la condesa le administra-



ba, para poder abandonar el dormitorio conyugal sin ser vista.

Los más negros presentimientos y las sospechas más terribles se adueñaron de su mente. Pensó en la madre diabólica, cuyo espíritu quizá revivía ahora en su hija, en alguna relación secreta y adúltera, y hasta en aquel sujeto infame, el hijo del verdugo.

A la noche siguiente iba a desvelársele el verdadero motivo del estado misterioso en que se encontraba su esposa.

La condesa acostumbraba preparar ella misma el té que su marido tomaba por las noches y luego se alejaba. Aquella vez, el conde decidió no probar una gota. Mientras leía en la cama, como tenía por costumbre, no sintió el sueño que solía acometerlo a medianoche.

No obstante, se acostó sobre los cojines y fingió dormir. Despacio, con gran sigilo, la condesa dejó el lecho, se acercó a la cama del conde, iluminó su rostro y se deslizó fuera de la alcoba sin hacer ruido.

El corazón del conde latía con violencia. Se levantó, se cubrió con un manto y siguió a su espo-

sa. Era una noche de luna clara. Pese a la velocidad con la que caminaba la condesa, podía verla perfectamente, envuelta en una túnica blanca.

La condesa se dirigió hacia el cementerio a través del parque, y desapareció. Rápidamente, el conde corrió tras ella y cruzó la puerta del campo-santo, que estaba abierta.

Al resplandor de la luna vio un círculo de espantosas figuras fantasmales. Era un grupo de viejas mujeres semidesnudas, con el cabello despeinado. Arrodilladas en el suelo, se inclinaban sobre el cadáver de un hombre, al que devoraban con voracidad de lobo.

¡Aurelie estaba entre ellas!

Presa de un espanto mortal, el conde se alejó a gran velocidad. Pasó el resto de la noche recorriendo los senderos del parque, hasta que, bañado en sudor, al amanecer se encontró ante la puerta del palacio.

Sin meditar en lo que hacía, incapaz de pensar de forma clara y racional, subió a saltos las escaleras y atravesó las habitaciones hasta llegar a la alcoba donde la condesa descansaba, entregada al parecer a un sueño dulce y apacible.

